

76.













LA SANTA

POR EL

P. Fr. Gabriel de Jesús, C. D.



1515-1915



Biblioteca popular Carmelitano-Teresiana.

LA SANTA

Ó RESUMEN DE LA VIDA DE SANTA
TERESA, QUE ESCRIBIÓ ELA MISMA,

POR EL

P. Fr. Gabriel de Jesús, C. D.

—
SEGUNDA EDICIÓN



MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, 20.

—
1915

J. ✠ M.

IMPRIMATUR

Fr. Clemens a SS. Faustino et Jovita,
Praepositus Generalis O. C. D.

Fr. Elias a S. Ambrosio.
Secretarius.

NIHIL OBSTAT


Juan Postius, C. M. F.,
Censor Eclesiástico.

IMPRIMATUR

José María,
Obispo de Madrid-Alcalá.

Dr. Luis Pérez,
Secretario de Cámara.

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la Ley.

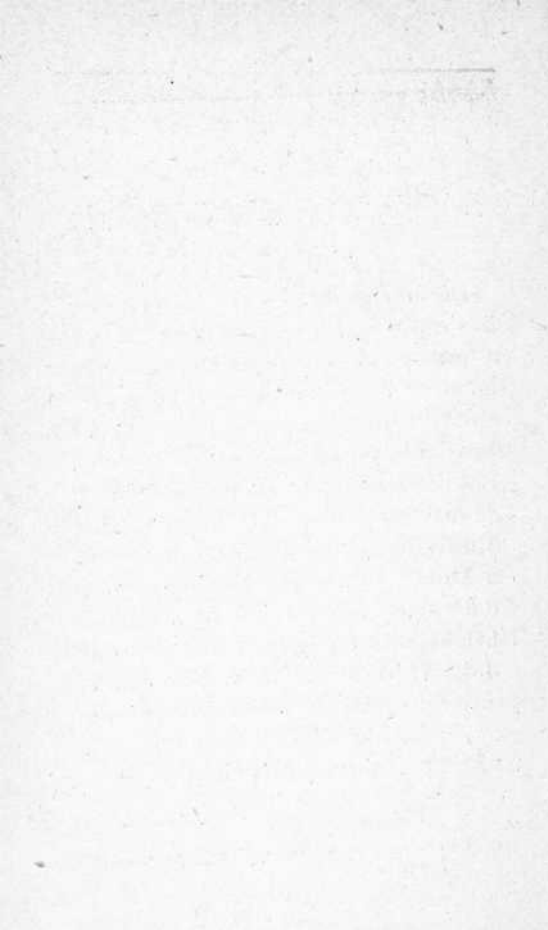


A LA VIRGEN DEL CARMEN

Señora Divina: Todo lo que en esta humilde Biblioteca y en cada uno de sus opúsculos se dijere de bueno para gloria de tu Hijo, honra tuya y provecho de las almas, tuyo es, flores tuyas son, plantadas por ti, regadas y custodiadas por tu alabastrina y bienhechora mano. A ti, pues, mi Reina, mi Señora, mi Madre, que eres la verdadera Virgen del pueblo, por ser tu hermosa advocación la más poética, la más antigua y popular que existe, te consagra y dedica con el presente opúsculo todos los que hayan de formar dicha Biblioteca, este tu hijo y esclavo gustosísimo,

EL AUTOR.

Madrid, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, 1915.





PROLOGO á la Serie A ⁽¹⁾

De acuerdo están todas las personas espirituales, y aun aquellas otras a quienes falta mucho para serlo, que no hay libros que así ilustren y así enciendan en el amor de Dios y del prójimo como los de Santa Teresa. Las personas que piensan así, hacen suyo el modo de pensar de nuestra Madre la Iglesia Católica, quien pide a Dios todos los días en la oración del Oficio de la Santa “que todos sus hijos, los cristianos, sean alimentados con el celestial alimento de la

(1) La *Serie B*, que tratará de la Virgen del Carmen, su historia, privilegios, etc., comenzará, si Dios quiere, muy en breve. Precédela ésta de la Santa con motivo del centenario de su nacimiento.

inspirada doctrina teresiana". ... *Coelestis ejus doctrinae pabulo nutriamur.*

Ahora bien, a cualquiera se le alcanza que, siendo costosos y voluminosos los libros de la Santa, no están éstos al alcance de todas las fortunas, ni de acuerdo con el tiempo y ocupaciones de la clase trabajadora. De ahí la utilidad, y aun la necesidad, reconocida por los Superiores de la Orden, de la presente Biblioteca Popular Carmelitano-Teresiana, cuyos opúsculos se podrán leer de un tirón, y por medio de los cuales nuestra incomparable Doctora se pondrá al habla con el pueblo para mucho bien de España y de la cristiandad entera. Así sea.



J H S

“Todo cristiano profesa
Amor a Santa Teresa.”

(Antiguo proverbio.)

El Alma.—Santa mía, yo, que te quiero tanto, quisiera saberme de memoria todos tus pasos, los pasos de tu vida, tus gracias y tus decires, para más quererte.

La Santa.—Pues harto fácil te será esto, si lees el libro de mi Vida que yo escribí.

El Alma.—Ya sé, Madre mía Santa Teresa, que tú misma escribiste tu portentosa vida, y nadie la escribirá mejor. Pero es el caso que ese libro es muy grande y muy costoso, y no se puede leer así de un golpe, y además trae entremezcladas allí las cosas de alta oración, que no son para mí.

La Santa.—Bueno, pues sea así como quieres, y si me estás atenta, yo te iré contando lo que de aquel mi libro más haga al caso para ti.

Patria y padres de Santa Teresa.

Empiezo, pues: Ya sabes que nací en la ciudad de Avila, en día y mes consagrados a mi Padre y Señor San José, o sea el miércoles 28 de Marzo de 1515, al rayar el alba, y de padres nobles y temerosos de Dios. “Era mi padre (llamado D. Alonso de Cepeda) aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance (castellano primitivo) para que los leyesen sus hijos. También era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres, y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad. Estando

una vez en nuestra casa una esclava de un su hermano, la regalaba como a sus hijos, diciendo que de que no era libre, no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad; jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera.

”Mi madre, D.^a Beatriz de Ahumada, también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad. Era, en fin, de grandísima discreción, muy apacible y de mucho entendimiento.”

Hermanos de la Santa.

El Alma.—Y de tus hermanos, ¿no me dices nada? ¿Cuántos eran ellos?

La Santa.—“Eramos tres hermanas, María, Juana y yo, y nueve hermanos, Juan, Fernando, Rodrigo, Lorenzo, Antonio, Pedro, Jerónimo y Agustín. Todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fuí yo, aunque era la más querida de mi padre.

”El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastaba, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía para ser buena. Yo he lástima cuando me acuerdo de las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supe aprovechar de ellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudabân a servir a Dios.”

El Alma.—Pero, ¿y nada más que los nombres me vais a decir de vuestros hermanos? ¿Qué fué de ellos? ¿Cuál fué su estudio y ocupación?

Leyendo vidas de Santos.

La Santa.—Pues si es lo que te iba a decir. Mira, “tenía uno casi de mi edad (1), Rodriguito, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor, y ellos a mí. Juntábamonos entrambos a leer vidas de Santos. Como veía los martirios que por Dios los Santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo.

”Juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto, y concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para

(1) La Santa tenía siete años, y su hermanito, diez y algunos meses.

que allá nos descabezasen. Y parecía-me que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor inconveniente”.

El Alma.—No deja de ser extraña esta determinación en edad tan infantil, Santa del alma.

La Santa.—Por serlo tanto, hasta la Iglesia la consigna en el oficio de mi día, como grande merced dada de la mano de Dios. Esto, y, por otra parte, verlo practicado por mis padres, digo lo de la lectura, nos hizo tan asiduos en ella. “Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos que pena y gloria era para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto, y gustábamos de decir muchas veces: “Para siempre, siempre, ”siempre.” En pronunciar esto mucho rato, era el Señor servido me quedase en esta niñez impreso el camino de la verdad.”

De mártires a ermitaños.

“De que vi que era imposible ir a donde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa (1) procurábamos, como podíamos, hacer ermitas poniendo unas piedrecillas, que luego se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa.

”Hacía limosna como podía, y podía poco.” (Esto es, que no le daban

(1) De esta huerta sólo se conserva hoy un pequeño jardín, pues lo restante y toda la casa de D. Alonso de Cepeda está hoy convertido en convento e iglesia de PP. Carmelitas Descalzos, Hijos de Santa Teresa. A toda esta fundación se la llama en Avila y en casi toda España *La casa de la Santa*, o simplemente *La Santa*.

para dar todo lo que ella quería. No sería tan poco, según lo limosneros y compasivos que eran sus padres.)

El rezo del Rosario.

“Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo, me parece, deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho, o sea el ir al Africa a que me descabezasen por amor de Cristo.”

Premio al rezo del Rosario y al amor para con la Virgen.

Esta devoción al Rosario y amor para con Nuestra Señora, que heredé

de mis padres, creció en mí con la edad y los años; al extremo de que “una vez, teniendo yo la cruz del Rosario en la mano, me la tomó el buen Jesús con la suya, y cuando me la tornó a dar, era de cuatro piedras grandes muy más preciosas que diamantes, sin comparación. Tenían las cinco llagas de muy linda hechura. Díjome que ansí la vería de aquí en adelante, y ansí me acaecía que no veía la madera de que era, sino estas piedras, mas no lo veía nadie sino yo”.

Otros hermanos de la Santa.

El Alma.—Y de los otros hermanos, ¿no me decís nada?

La Santa.— Se embarcaron para el Nuevo Mundo (América) al ser nuestro amigo y pariente Vela Núñez nombrado por Carlos V Virrey

del Perú. Pero de las valentías que hicieron allá, y de lo noble y desinteresadamente que sirvieron á la patria, ya te hablaré (1) en otra ocasión.

Madre por madre.

“Acuérdome que, cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado a ella, y, en fin, me ha tornado a sí.

”Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡Oh Señor mío! Pues parece te-

(1) En el opúsculo *Los hermanos de la Santa*.

néis determinado que me salve, plega a vuestra Majestad sea así.

”Señor, y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho, ¿no tuvierais por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada a donde tan de continuo habíais de morar? Fatígame, Señor, aun decir esto, porque sé que fué mía toda la culpa; porque no me parece os quedó a vos nada por hacer para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy a quejarme de mis padres, tampoco puedo, porque no veía en ellos sino todo bien y cuidado de mi bien.”

Ciertas lecturas vanas
resfrían su piedad.

Pues pasando de esta edad, de los catorce años, que “comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado (que, según de-

cían, eran muchas), cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé a ayudar para ofenderle, como ahora diré.

”Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras, porque con serlo tanto mi madre, como he dicho, de lo bueno no tomé tanto en llegando a uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho.

”Era aficionada mi madre a libros de caballerías (novelas frívolas y fantásticas), y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor, sino desenvolvíamos para leer en ellos, y, por ventura, lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. De esto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese.

”Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi me comenzó a enfriar los deseos, y fué causa que comenzase a faltar en lo demás, y parecíame no era malo con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía que, si no tenía libro nuevo, no me parecía tenía contento”.

El Alma.—Pues yo no acierto, Santa mía, a ver ese gran peligro de que os lamentáis. Si se tratara de esas novelas pornográficas e inmORALES que con tanta avidez lee ahora nuestra juventud para su perdición, pase. Pero esos libros de caballerías lo más que pueden hacer, a lo que yo creo, es exaltar la imaginación con tanto relato fantástico.

La Santa.—Eso es lo menos que pueden hacer; pero junto con esto

menos, hacen perder tiempo, quitan de raíz el espíritu de piedad y devoción y entran a la pobre alma en todas las vanidades del mundo.

El Alma.—¿Pero de veras que estas novelas frívolas o libros caballerescos hacen todo esto?

La Santa.—Oyeme, si no. Yo, que “era de natural y alma virtuosos, en comenzando a leer los dichos libros y a engolfarme en ellos, comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí. Duróme la mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecían a mí no eran ningún pecado, bastante tiempo. Ahora veo cuán malo debía ser”.

El Alma.—Pues si estas que yo

creo inofensivas novelas tanto estrago hacen en el espíritu, ¿cuánto y cuán grande no será el que hagan las que son leídas día y noche por la juventud de ahora?

Peligro de las malas compañías.

La Santa.—Espera, que aun no he terminado de contar desdichas, y todas causadas, como la anterior, por tan insípidas lecturas. Llamo desdichas a los peligros en que después me vi, porque con motivo de “desear contentar en parecer bien, y el cuidado de manos y cabello y olores” (según y conforme a lo que leía), se hizo íntima mía “una parienta que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece que adivinaba el mal que por ella me había de venir), y era tan-

ta la ocasión que había para entrar, que no había podido.

”A esta que digo me aficioné a tratar. Con ella era mi conversación y pláticas, porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad; reprendíanmela muchas veces. Como no podían quitar la ocasión de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias”.

A esto se añadía, para mi mal, el tener yo “algunos primos hermanos, que en casa de mi padre no tenían otra cabida para entrar, que era muy recatado, y pluguiera al cielo que lo fuera de éstos también, porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar a criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él.

”Eran estos primos míos casi de mi edad, poco mayores que yo. Andábamos siempre juntos, pues teníanme grande amor. En todas las cosas que les daba contento yo les sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones y niñerías no nada buenas, y, lo que peor fué, mostrarse el alma complaciente a lo que fué causa de todo su mal”.

Consejo a los padres.

“Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres de familia que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer; en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal

que hace. Querría escarmentasen en mí los padres de familia para mirar mucho en esto.

”Y es así, que de tal manera me mudó esta conversación dicha, que de natural y alma virtuosos, no me dejó casi ninguna señal. Y hasta me parece que me imprimían sus condiciones ella (la pariente) y otra que tenía la misma manera de pasatiempos.”

Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía; y “tengo por cierto que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera yo entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara a temer a Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Después, quitado este temor del todo, quedóme sólo el de la honra”.

Jamás pecó mortalmente la Santa.

El Alma.—Me alegro que hayáis tocado, Santa humildísima, este punto de la honra, y que me deis idea clara de lo que allá en vuestra autobiografía queréis decir cuando ponderáis tanto vuestras faltas, y nos decís, entre otras cosas, que

“... el temor de la honra tuvo fuerza para no la perder del todo”;

que

“... con pensar no se había de saber, me atrevía a muchas cosas bien contra ella y contra Dios”;

que

“... mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha”;

que

“... puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro”.

¿Qué queréis decir con estos textos, al recordar aquellos “tres meses escasos”, y no más, de “desear contentar en parecer bien”, y que cualquiera que los lea habrá de creer que sois una gran pecadora? ¿A qué ese empeño en aguzar vuestro grande y soberano ingenio en aumentar y ponderar faltas leves para que aparezcan graves, gravísimas, y todo el mundo os desprecie? ¿No veis que con esto se hace agravio a quien os ama con toda el alma y más que a su vida? ¿Qué decís a esto?

Puesto que nada decís, yo seré el que por vos dé la respuesta, diciendo:

1.º Que la Iglesia, columna infalible de la verdad, ha dicho que Teresa de Jesús jamás cometió pecado mortal.

2.º Que sus confesores el ilustrísimo Yepes y los PP. Gracián, Báñez, Alvarez, etc., etc., dicen otro tanto.

3.º Que aquellos textos en que trabaja la Santa por aparecer a nuestros ojos como pecadora son y serán siempre rechazados por estos otros que la misma escribió, refiriéndose a los dichos tres meses de vanidades y pasatiempos, v. gr.:

“No quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí.”

“Para no perderme del todo tenía gran miramiento.”

“Nunca era inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino a pasatiempos de buena conversación.”

Y así es como ella lo dice. Pues se ve por testimonio de los que la trataron que en cosas de impureza jamás tropezó nuestra Santa, ni de pensamiento siquiera. Al dotarla Dios con el inestimable dón de la castidad, se puede decir que ésta le fué siempre como connatural. De ahí que su inocentísima alma se encontrase ataja-

da, sin saber qué contestar, cuando las religiosas le consultaban acerca de imaginaciones y pensamientos en esta materia. A una de éstas dijo: “Mire, hermana, no entiendo de eso, porque me ha hecho el Señor merced que en cosas de esas en toda mi vida haya tenido que confesar.”

Y no vale decir que en otras materias, en que con frecuencia suelen caer las mujeres, pudo Teresa haber caído; v. gr., rencillas, murmuraciones, codicia, envidia; pues ella nos dice con la ingenuidad y sencillez de un niño, refiriéndose a los tres meses de disipación, esto que sigue:

“Aunque yo era tan mala, traía algún cuidado de servir a Dios y no hacer algunas cosas que veo que, como quien no hace nada, se las tragan en el mundo. Pues no me parece quería mal a nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener de manera que fuese *ofensa grave* del Se-

ñor. No era inclinada a murmurar ni decir mal de nadie, ni otras algunas cosas que, aunque tan ruin, traía temor lo más continuo.”

Respecto a la murmuración, ya era axiomático, y cosa sabida y dicha por todos, que “donde estaba Teresa tenían los ausentes seguras las espaldas”, esto es, que nadie se atrevía a murmurar de ellos.

Con lo dicho queda de una vez sentido para siempre que nuestra Santa, por mucho que pondere sus faltas, jamás éstas llegaron a culpa mortal, y, según algunos, ni venial con plena y total advertencia.

La educanda o colegiala.

La Santa.—Andando en estas vanidades que tengo dicho, “me llevaron a un monasterio que había en este lugar (el de las Agustinas de Santa María de Gracia, en Avila),

adonde se criaban personas semejantes (de escogido linaje), aunque no tan ruines en costumbres como yo; y esto con tan gran disimulación, que sola yo y algún deudo lo supo. Se aguardó a coyuntura que no pareciese novedad, y la coyuntura fué el haberse casado mi hermana, pues quedar sola y sin madre no era bien. Era tan demasiado el amor que mi padre me tenía, y la mucha disimulación mía, que no había creer tanto mal de mí, y así no quedó en desgracia conmigo.

”Como fué breve el tiempo de todo esto, tres meses escasos, aunque se entendiese algo, no debía ser dicho con certidumbre; porque como yo temía tanto la honrilla y el andar en lenguas, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no puede serlo a quien todo lo ve.

”¡ Oh Dios mío, qué daño hace en el mundo tener esto en poco y pensar

que ha de haber cosa secreta que sea contra vos! Tengo por cierto que se excusarían grandes males si entendiésemos que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentaros a vos”.

El Alma.—¿Y cómo le iba a mi Santa con esta vida de colegiala?

La Santa.—“Pues los primeros ocho días sentí mucho el cambio; pero luego estaba muy más contenta que en casa de mi padre.”

Tenia dón de gentes.

El Alma.—¿Y las religiosas estaban contentas con tenerla en su compañía?

La Santa.—“Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia en dar contento a dondequiera que estuviese, y así era muy querida. Y aunque yo estaba enton-

ces ya enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad y religión y recatamiento. Aun con todo esto, no me dejaba el demonio de tentar y buscar, por medio de los de fuera, cómo me desasosegar con recados e imperinencias. Como no había lugar, presto se acabó.”

Vuelve a los deseos santos de cuando niña.

“Muy luego comenzó mi alma a tornarse a acostumbrar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos. Paréceme andaba Su Majestad mirando y remirando por dónde me podía tornar a sí. Bendito seáis vos, Señor, que tanto me habéis sufrido.”

**Lo mucho que pueden
las conversaciones es-
pirituales.**

“Dormía una monja en la misma pieza con las que estábamos seglares.

”Pues comenzando a gustar de la buena y santa conversación de esta monja, holgábame de oirla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto, a mi parecer, en ningún tiempo dejé de holgarme de oirlo. Comenzóme a contar cómo ella había venido a ser monja por sólo leer lo que dice el Evangelio: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos*. Decíame el premio que daba el Señor a los que todo lo dejan por El. Comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala, y a tornar a poner en mi pensamiento deseos de las cosas

eternas, y à quitar algo de la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima.

”Tenía esto, que si veía a alguna tener lágrimas cuando rezaba, u otras virtudes, habíala mucha envidia, porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyera toda la Pasión no llorara una lágrima. Esto me causaba mucha pena. Estuve en este monasterio harto mejorada. Comencé a rezar muchas oraciones vocales y a procurar con todas me encomendasen a Dios que me diese el estado en que le había de servir; mas todavía deseaba no fuese monja, que éste no fuese Dios servido de dármele, aunque también temía el casarme.

”A cabo de este tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, sino en otro monasterio donde tenía yo una grande amiga, y esto me era parte para no ser monja, si lo hubie-

ra de ser, sino a donde ella estaba. Miraba más el gusto de mi sensualidad y vanidad que lo bien que me estaba para mi alma.

”Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces, y luego se quitaban, y no podía persuadirme a serlo.”

Medios por donde el
Señor la iba dispo-
niendo para ser reli-
giosa.

“En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Para ello dióme una gran enfermedad, por la que hube de tornar en casa de mi padre.

”En estando buena, lleváronme en casa de mi hermana, que residía en

una aldea, para verla, que era extremo el amor que me tenía, y a su querer no saliera yo de con ella.

”Estaba en el camino un hermano de mi padre, muy avisado y de grandes virtudes, viudo, a quien también andaba el Señor disponiendo para sí, que en su mayor edad dejó todo lo que tenía y fué fraile, y acabó de suerte que creo goza de Dios.

”Pues este mi tío quiso que me estuviese con él unos días. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo. Hacíame le leyese, y aunque no era amiga de ello, mostraba que sí; porque en esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar; tanto, que en otras fuera virtud, y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discreción. ¡Oh, válame Dios, por qué términos me andaba Su Majestad disponiendo para

el estado en que se quiso servir de mí, que, sin quererlo yo, me forzó a que me hiciese fuerza! Sea bendito por siempre. Amén.

”Aunque fueron los días que estuve con mi tío pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así oídas como leídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acaba en breve. Y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado, y así poco a poco me determiné a forzarme para tomarle.”

Tres meses de lucha y batalla.

El Alma.—No deja de ser cosa extraña el veros, mi amadísima Santa, luchar a brazo partido con los in-

convenientes que el diablo os presentaba para que no abrazaseis el estado de religiosa. Yo me creí que en esto de vocación religiosa, la que se sentía del todo con ella entraba en el convento, y la que no se quedaba en la calle; pero que no había eso de dudar y de querer y no querer.

La Santa—Pues sí que hay, y déjala Dios al alma en esta duda y zozobra para que más luche y más se vea su tesón en querer salir adelante con ello por sólo contentar á Su Majestad. Y para que tú sepas, hasta me dicen los letrados que son estas las vocaciones de más arraigo y en las que más merece el alma y más con ellas se contenta á Dios.

El Alma.—Si así es, quiero saber vuestras dificultades y el modo de vencerlas.

La Santa.—Pues te diré que en esta batalla “estuve hasta tres meses forzándome á mí misma con esta ra-

zón: Que los trabajos y pena de ser monja no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que después me iría derecha al cielo, que este era mi deseo.

”Poníame otras veces el demonio que no podría sufrir los trabajos de la religión, por ser yo tan regalada. A esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo; con que no era mucho que yo pasase algunos por El, que El me ayudaría a llevarlos.

”Dióme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros. Leía en las Epístolas de San Jerónimo, que me animaban de suerte que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como tomar el hábito. Porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás por ninguna manera habiéndolo dicho una vez.

”Pero era tanto lo que me quería

mi padre, que en ninguna manera lo pude acabar con él por entonces. Yo ya me temía a mí y a mi flaqueza no tornase atrás, y así me pareció no me convenía esto, y procurélo por otra vía, como ahora diré”.

Recibe el hábito de
la Virgen del Carmen
en la Encarnación de
Ávila.

“En estos días que andaba con estas determinaciones había persuadido a un hermano mío (1) a que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo; y concertamos entrambos de irnos un día, el 2 de Noviembre, muy de mañana al monasterio de la Encarnación, a donde estaba aquella mi amiga, que era a la que yo te-

(1) Antonio de Ahumada, de quince años. La Santa tenía veinte.

nía mucha afición; puesto que ya en esta postrera determinación yo estaba de suerte que a cualquiera monasterio que pensara servir más a Dios, o mi padre quisiera, fuera; que más miraba ya el remedio de mi alma, que del descanso ningún caso hacía de él.

”Acuérdaseme a todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece que cada hueso se me apartaba de por sí, pues era todo haciéndome una fuerza tan grande que, si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante. Aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra.

”En tomando el hábito de la Virgen, luego me dió el Señor a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí, sino grandísima voluntad.”

Grande gozo y con-
tento que sintió en sí
al verse en el con-
vento con el hábito de
la Virgen.

“A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la religión. Y es verdad que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala, y acordándome que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo que yo me espantaba, y no podía entender por dónde venía.

”Cuando de esto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de

acometerla. Porque ya tengo experiencia en muchas que si me ayudo al principio a determinarme a hacerlo (que, siendo sólo por Dios, hasta comenzarlo quiere el Señor, para que más merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio y más sabroso se hace después), aun en esta vida lo paga Su Majestad por unas vías que sólo quien goza de ello lo entiende.

”Esto tengo por experiencia, como he dicho, en muchas cosas harto graves; y así jamás aconsejaría, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que cuando una buena inspiración acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por sólo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo, sea bendito por siempre. Amén.”

Sus defectos y virtudes grandes en el noviciado.

El Alma.—¿Y no me decís nada más de vuestro noviciado?

La Santa.—Pues te diré, que se me olvidaba, cómo “en el año del noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo, mas culpábanme sin tener culpa hartas veces; yo lo llevaba con harta pena e imperfección, aunque con el gran contento que tenía de ser monja todo lo pasaba. Como me veían procurar soledad y me veían llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, y así lo decían. Era aficionada a todas las cosas de religión, mas no a sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada. Era curiosa en cuanto hacía. Todo me parecía virtud, aunque esto

no me será disculpa, porque para todo sabía lo que era procurar mi contento, y así la ignorancia no quita la culpa. Alguna tiene no estar fundado el monasterio con mucha perfección. Yo, como ruin, íbame a lo que veía falto, y dejaba lo bueno.

”Estaba una monja entonces enferma de grandísima enfermedad y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre que se le habían hecho de opilaciones, por donde echaba lo que comía. Murió presto de ello. Yo veía a todas temer aquel mal; a mí hacíame gran envidia su paciencia. Pedía a Dios que, dándomela así a mí, me diese las enfermedades que fuese servido. Ninguna me parece tenía, porque estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba a ganarlos. Y espántome de esta mi determinación, porque aun no tenía, a mi parecer, amor de Dios como después que co-

mencé a tener oración me parecía a mí le he tenido, sino una luz de parecerme todo de poca estima lo que se acaba, y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ello, pues son eternos”.

La oyó Dios.

“También me oyó en esto Su Majestad, pues antes de dos años estaba tal que, aunque no el mal de aquella suerte, creo no fué menos penoso y trabajoso el que tres años tuve, porque la cura fué más recia que lo que pedía mi complexión. Acaecíame algunas veces decirle a Su Majestad en todo mi seso: “Señor, que yo no quería tanto.” Pero de esta enfermedad y del médico celestial que me curó ya te hablaré en otra ocasión largamente.”

El Alma. — ¿Qué doctor y qué médico es éste, Santa mía?

El médico de Santa
Teresa.

La Santa.—Pues, ¿quién quieres que sea sino mi Padre y Señor San José? “A él tomé por abogado, y vi claro que, así de esta necesidad como de otras mayores, este Padre y Señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. A otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer una necesidad; a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre, siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide.

”No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares

servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud. Cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida. Si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío. Sólo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción.”

**Llegado el tiempo,
hizo su profesión.**

“No sé cómo he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesión, y la gran determinación y contento con que la hice, y el desposorio que hice con vos, Jesús mío. Esto no lo puedo decir sin lágrimas... No parece, Dios mío, sino que prometí no guardar cosa de lo que os había prometido, aunque entonces no

era esa mi intención. Mas veo tales mis obras después, que no sé qué intención tenía. Digo esto para que más se vea quién vos sois, Esposo mío, y quién soy yo. Que es verdad, cierto, que muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas el contento que me da que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias.”

**Favores y grandes
mercedes que el Señor
hizo a Santa Teresa.**

El Alma.—No me contéis, Santa mía, ni vuestros pecados ni vuestras ruindades, porque será perder tiempo, ya que yo no os he de creer nada, ni nadie tampoco, y lo más que todos diremos es que Teresa de Jesús, con esa grandísima luz que sobre ella proyecta Dios Espíritu Santo, los meno-

res defectos se le representan montañas. ¿Estamos? Contadme, sí, lo del Niño Jesús de Teresa, lo del collar de perlas del día de la Asunción y lo de la paloma con alas de concha, y... tantas otras cosas bonitas.

La Santa.—Pues lo del Niño Jesús fué así: Por una escalera de mi convento, allá en Avila, que da al claustro, bajaba yo cierto día. En el comienzo de ella divisé un niño precioso que subía. Al pronto pensé sería algún deudo de alguna de las religiosas. Luego que nos acercamos, pues, como te digo, él subía y yo bajaba, y me fijé en su peregrina y rara hermosura, tuvo lugar el siguiente diálogo, que por tradición saben todos mis devotos:

“—¿Cómo te llamas, niño?

”—Y tú, ¿cómo te llamas?

”—Yo, Teresa de Jesús.

”—Pues yo, Jesús de Teresa.”

A la primera palabra que pronun-

ciaron sus labios divinos conocí quién era. Cuando pronunció las últimas, yo fuí a arrojarme a sus pies y a estrecharle entre mis brazos, y al punto desapareció.

* * *

“Un día, víspera del Espíritu Santo, después de Misa, fuíme a una parte bien apartada, a donde yo rezaba muchas veces, y comencé a leer en un Cartujano esta fiesta... Estando en esta consideración dióme un ímpetu tan grande, que parecía que el alma se me quería salir del cuerpo. Estando en esto veo sobre mi cabeza una paloma bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas que echaban de sí gran resplandor. Paréceme que oía el ruido que hacía con las alas. Desde aquel día entendí quedar con grandísimo aprovecha-

miento en más subido amor de Dios, y las virtudes muy más fortalecidas. Sea bendito y alabado por siempre. Amén.”



Una vez, estando en alta oración, me dijo el Señor: “Teresa, si no hubiera creado el cielo, por ti sola le creara.”

Otra, mostrándome las riquezas del cielo, me dijo: “Mira, hija, cuánto pierden los que son contra mí.”

Otra vez me dijo, estando oyendo Misa del P. Fr. Juan de la Cruz: “En adelante mirarás por mi honra como cosa tuya. Mi honra es tu honra, y la tuya mía.”

Otra (y esto que te voy a decir es lo que quiero que se te quede muy en la memoria) me dijo el Señor con mucha bondad: “¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No lo está sino

en trabajar, en amar y padecer, haciendo mi voluntad.”

* * *

“Estando el día de Nuestra Señora de la Asunción en un monasterio de la Orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado y cosas de mi ruin vida. Parecióme, estando así, que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no veía quién me la vestía. Después vi a Nuestra Señora hacia el lado derecho, y a mi Padre San José al izquierdo, que me vestían aquella ropa. Dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir yo, con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora, y díjome que le daban mucho contento mis ser-

vicios al glorioso San José; que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos; que no temiese habría quiebra en esto jamás, porque ellos nos guardarían; que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad me quedaba aquella joya.

”Parecíame haberme echado al cuello un collar de piedras y oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor.”

Fundadora de monjas y frailes.

El Alma.—¿Qué convento es ese tan acepto a los ojos de Dios y al que tanta protección del cielo se le promete?

La Santa.—Pues no otro que el

primero de todas mis fundaciones de frailes y monjas, esto es, San José, de Avila, “de quien me dijo el Señor un día que sería una estrella que daría de sí gran claridad en todo el mundo, y que con el tiempo se llamaría iglesia de Santos”.

El Alma.—Pues este convento no está en el libro de vuestras gloriosas fundaciones, Madre mía.

La Santa.—Así es, por haber yo escrito su historia entre los últimos capítulos del libro de mi Vida.

El Alma.—Con lo cual parece que dais a entender, Santa mía, que amáis a este convento tanto como a vuestra vida, es decir, que San José, de Avila, es no sólo el primogénito de todos los conventos de frailes y monjas de vuestra Reforma, sino el más amado de vuestro endiosado corazón.

La Santa.—Más sufrí con él que con ningún otro, ni con todos juntos, y quizá por eso... Pero es lo cierto

que a todos los amo en el Señor, pues de todos soy, por disposición divina, madre y fundadora.

El Alma.—Bueno, fundadora de los de religiosas, que de los de religiosos se supone que San Juan de la Cruz.

La Santa.—Mal supuesto, ya que la Iglesia y los Papas dicen en sus Bulas que Teresa de Jesús es la única Madre y Fundadora de frailes y monjas del Carmelo Reformado, y Fray Juan de la Cruz el primero que se descalzó, y, por lo tanto, mi primer hijo y discípulo.

En el mencionado libro de las *Fundaciones* tan sólo me ocupó de historiar las de religiosas, “que por la bondad del Señor se han fundado, junto con el principio de los monasterios de los Carmelitas Descalzos”, dejando el historiar las demás fundaciones de éstos para los cronistas de entre ellos.

Lo que tiene es que algunos, al leer mis obras y ver que en ellas no hablo o hablo poco de los religiosos, piensan que me son extraños, no siendo así la verdad; además que este aparente silencio tiene su explicación, y es que, al escribir el libro de mi *Vida* y el *Camino de Perfección*, aun no existían Carmelitas Descalzos, ya que la Reforma comenzó antes por las religiosas que por los religiosos. Pero en el *Epistolario, Modo de visitar los conventos* y en las *Fundaciones*, de ellos hablo con frecuencia y siempre que es menester. En este último libro me dirijo a frailes y monjas diciendo:

“Ahora estamos todos en paz. Por eso, hermanos y hermanas mías, priesa a servir a Su Majestad. Miren los presentes que son testigos de vista las mercedes que nos ha hecho. No dejen caer ninguna cosa de perfección. Ahora comenzamos, y procuren

ir comenzando siempre de bien en mejor.”

En los Capítulos y Juntas generales que tuvieron los Carmelitas Descalzos viviendo yo, personalmente no asistía, por mi condición de mujer, pero nada resolvían sin contar conmigo. A uno de estos Capítulos escribía yo así:

“Por amor de Dios, que no se detengan en mandar Padres a Roma a negociar eso. Si es que se puede hacer a costa de dineros, Dios los dará. No lo tomen por cosa accesoria, pues es lo principal; y si ese Prior de la Peñuela le conoce tanto, él iría bien con el P. Fr. Mariano, y cuando no se pudiese acabar nada, hágase con el Papa.”

A otro Capítulo escribía yo lo siguiente: “Como VV. RR. los hombres son, por lo general, tan descuidados, pongan mucho en dejar mandado que los perlados den bien de

comer á los frailes, pues si poco dan, poco les dará Dios...

”Si el P. Gracián sale Provincial, haría mucho al caso que sea su compañero el P. Nicolás, que tiene buen consejo para todo.”

Y con la misma llaneza y amor que yo los trataba era tratada de ellos, en especial por el P. Fr. Angel de San Gabriel, que, un tanto curioso, me hizo cierto día la siguiente pregunta, aunque con algún temor y reverencia: “Madre nuestra, cuando escribe Vuestra Reverencia en el capítulo 38 de su Vida que *en los tiempos advenideros florecerá esta Orden y habrá muchos mártires*, según que leíais en un libro que os presentaba el Santo de una Orden que ha estado algo caída, decidme, ¿es de nuestra religión esta profecía?” A lo cual yo le contesté con libertad de madre: “Pues, bobo, ¿de qué religión había de ser, sino de la nuestra?”

Disculpa y defiende la
Santa a sus hijos ante
el P. General.

Y fíjate en que soy Madre y Fundadora de los Carmelitas Descalzos, no honoraria, sino efectiva, y como tal procuré, después de fundarlos, llevar adelante lo comenzado, recomendándolos y defendiéndolos contra el P. General de los Calzados, mal informado contra ellos, cuando le digo en una de mis cartas: “Estos Padres Descalzos verdaderamente no entiendo de ellos sino ser hijos verdaderos de V. S. y desear no enojarle Gracián es como un ángel. Fray Baltasar, Prior de Pastrana, yo digo a V. S. que si le conociese, que se holgase de tenerle por hijo, y aun el Mariano lo mismo. Este Mariano es hombre virtuoso y penitente, y que se hace conocer con todos por su ingenio.

Ambición no entiendo que la hay en él, sino que el demonio, como V. S. dice, revuelve estos negocios.”

Y los recomienda a
Felipe II.

Fíjate también en lo que digo en favor de ellos al prudentísimo rey Felipe II: “Entienda Vuestra Majestad, a quien la Virgen Nuestra Señora ha querido tomar por amparo para remedio de su Orden, que si no se hace provincia aparte de Descalzos, y con brevedad, que se hace mucho daño, y tengo por imposible que esto pueda ir adelante.” Otras muchas cosas parecidas a ésta pedía yo a Felipe II para monjas y frailes cuando por primera vez nos vimos en El Escorial, y alargándome su mano, que yo reverentemente besé, me dijo: “Vete tranquila, mujer de Dios. que todo se proveerá según tu deseo.”

Y para que veas el amor de madre que yo siempre los tuve, en especial cuando los veía tan jovencitos dejar el mundo por seguir a Cristo Jesús, mediante vida tan austera, te contaré lo que me acaeció con uno de éstos que acertó a pasar con el P. Gracián por el convento donde a la sazón yo estaba: Pues como dicho P. Fr. Jerónimo Gracián hablase conmigo cosas altas de oración que no entendía el joven recién profesado, sea por esto o por sentirse cansado del camino, el caso es que así como estaba sentado en el suelo junto a mí se quedó dormido, y, sin darse cuenta, se recostó en mi falda. Como yo seguía hablando como si tal cosa, el P. Gracián, un tanto serio, me dice:

“—Pero, Madre, Vuestra Reverencia, ¿cómo permite eso?”

”—¿Por qué no? ¿Dónde puede estar mejor un hijo que en el regazo de su madre?”

Esta contestación, como ves, supone mucho amor, como es el que yo tengo y tuve siempre a mis hijos los Carmelitas Descalzos. Del grandísimo que tengo a ellas, mis hijas, que hablen todos mis libros.

El Alma.—¿Cuál fué el número total de fundaciones que llevasteis a cabo, así de religiosos como de religiosas?

La Santa.—Pues, con la gracia de Dios, el siguiente:

DE RELIGIOSAS

1. San José, de Avila.
2. San José, de Medina del Campo.
3. San José, de Malagón (Ciudad Real).
4. La Concepción del Carmen, de Valladolid.
5. San José, de Toledo.
6. San José, de Pastrana (Guadalajara).
7. San José, de Salamanca.

8. La Anunciación, de Alba de Tormes.

9. San José del Carmen, de Segovia.

10. San José del Salvador, de Beas (Jaén).

11. San José del Carmen, de Sevilla.

12. San José, de Caravaca (Murcia).

13. San José, de Villanueva de la Jara (Cuenca).

14. San José de Nuestra Señora de la Calle, de Palencia.

15. San José de la Trinidad, de Soria.

16. San José, de Granada.

17. San José de Santa Ana, de Burgos.

DE RELIGIOSOS EN

1. Duruelo (Avila).

2. Mancera (Avila).

3. Pastrana (Guadalajara).

4. Alcalá de Henares.
5. Nuestra Señora de Altomira.
6. Granada.
7. Peñuela (Jaén).
8. Sevilla.
9. Almodóvar del Campo (Ciudad Real).
10. Calvario (Jaén).
11. Baeza.
12. La Roda (Albacete).
13. Valladolid.
14. Salamanca.
15. Lisboa.

El Alma.—Pero, Santa mía, ¿cómo pudisteis dar cima a tantas fundaciones en aquellos tiempos, en que no había trenes ni esas facilidades para viajar que ahora?

La Santa.—“Es que en este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Dióme gran fatiga, y como si yo pu-

diera algo o fuera algo, lloraba con el Señor, y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allá se perdían. Y como toda mi ansia era, y aun es, que pues tiene el Señor tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos”, me determiné a dar comienzo a la reformation de la Orden de nuestra Reina y Emperadora la Virgen del Carmen, así entre monjas como entre frailes, después de muchos y apretados mandamientos para ello del Señor, “casi siempre después de comulgar”.

Además, pensando que todo cuanto sufría de fríos y nieves y cansancio de caminos lo sufría para gloria de Dios y de la Virgen Madre, que es el lema de todo carmelita (1), pues todo se me hacía poco.

(1) Dicho lema se expresa con estas cuatro letras: L. D. V. M., que quieren decir: *Laus*

El Alma.—¿Cuál fué el último convento que fundasteis?

La Santa.—El de San José de Santa Ana, de Burgos. En éste existe aún la celda que yo habité, y en la que los ángeles y querubes me dieron música cierta noche para felicitarme por los trabajos y sinsabores que devoré en esta fundación, que no fueron ni pequeños ni pocos.

De aquí me partí a San José, de Avila, donde era Priora, pasando antes por Valladolid, donde me detuve unos días entre ellas, y al llegar a Medina del Campo recibí orden del P. Provincial de ir, no a Avila, sino a Alba de Tormes, por habérselo así pedido la Duquesa de Alba, mi grande amiga.

Llegué, por tierra de Peñaranda, a Alba al anochecer del día de San Mateo. Mas temprano que de costum-

bre me retiré aquella noche, diciendo a las religiosas: “Harto fatigada me encuentro, hijas. Mas ha de veinte años que no me acuesto tan temprano.” Eran las nueve. Me sentía ya mal.

Cayendo y levantando pasé los días restantes hasta el en que me llamó el Señor al descanso eterno, que fué el 14 de Octubre, entre ocho y nueve de la noche.

El Alma.—¿En aquella misma celda que actualmente se nos enseña en Alba de Tormes a los peregrinos?

La Santa.—En aquella misma.

El Alma.—Y la cama, ¿ocupaba el mismo sitio que ahora ocupa?

La Santa.—El mismo, y los ladrillos de la celda, y el marco de la ventana, y las paredes, todo lo mismo. Y la actitud en que está colocada aquella mi imagen sobre el lecho, con una cruz en la mano, es la misma que tuve yo al expirar.

El Alma.—¿Y es verdad, Madre mía, que vuestra hermosa alma, al desprenderse del cuerpo, en forma de blanquísima paloma, se desprendió, no al golpe de la muerte, sino en fuerza de vuestro grandísimo amor divino, según revelasteis a una Carmelita hija vuestra, desde el cielo, y que ésta lo depuso bajo juramento en las informaciones?

La Santa.—Así es, como dices.

El Alma.—¿Y es verdad también, Madre querida, que un almenadro que estaba junto a tu celda se cubrió de flor en pleno Octubre al punto de expirar tú, y que en ese mismo momento entraron en tu celda multitud de vírgenes gloriosas capitaneadas por Jesús, María y José, quienes, con ricas coronas en las manos, te invitaban a que los siguieras?

La Santa.—Así es, y así consta en la Bula de mi canonización.

El Alma.—Como también será

cierto de que rodeada de tus hijos, los frailes y monjas Carmelitas Descalzos, los exhortaste en aquella hora última a la fiel y exacta observancia de su Regla y Constituciones, ¿no es así, Santa extraordinaria?

La Santa. — Así es, y en dicha Bula consta también el que les pedí perdón de los malos ejemplos que les había dado.

El Alma. — Y tus últimas palabras, ¿cuáles fueron?

La Santa. — Estas: “Ya, Jesús, ya, Esposo mío, ya es hora de que nos veamos los dos en uno. ¡Gracias, Dios mío, porque me habéis hecho hija de la Iglesia! ¡En fin, soy hija de la Iglesia y muero hija de la Iglesia!”

* * *

Esta es la gracia que para mí y para todos cuantos lean la Biblioteca Teresiana Popular os pide, ¡oh Santa

del amor divino!, el último de tus hijos. Sí, que seamos hijos fieles y obedientes y sumisos de la Iglesia Católica en vida, para poder hacer nuestras tus palabras en la hora de la muerte.





APÉNDICE

RETRATOS DE SANTA TERESA

Retrato físico.

He aquí cómo nos presenta uno de estos retratos, el retrato físico, una religiosa carmelita, Superiora de Sevilla y de Lisboa, muy literata, muy amante de Santa Teresa, en compañía de la cual vivió muchos años: "Era nuestra Madre Santa Teresa de mediana estatura, antes grande que pequeña; tuvo en su mocedad fama de muy hermosa, y hasta su última edad mostraba serlo. Era de rostro no nada común, extraordinario, y de suerte que no se puede decir redondo ni aguileño; los tercios dél iguales; la frente ancha é igual y muy hermosa; las cejas de color rubio obscuro, con muy poca semejanza de negro, anchas y algo arqueadas; los ojos negros, vivos y redondos, grandes y muy bien puestos. La nariz redonda y en derecho de los lagrimales

para arriba, disminuía hasta igualar con las cejas, formando un apacible entrecejo. En el rostro, al lado izquierdo, tres lunares en derecho unos de otros, comenzando desde abajo de la boca el que mayor era, y el otro entre la boca y la nariz, y el último en la nariz, más cerca de abajo que de arriba. Tenía muy lindas manos, aunque pequeñas. Era gruesa más que flaca, y en todo bien proporcionada.”

Este es el retrato físico de Santa Teresa, tal como lo trae en su libro de *Recreaciones* la V. M. María de San José, a quien la Santa en su *Epistolario* llama “monja letrera”. De él tomaron los PP. Yepes y Ribera cuanto nos dicen al hablar de la fisonomía de Santa Teresa.

Retrato moral.

El retrato moral de la milagrosa e inmortal Fundadora lo han trazado muchos sabios y Santos, muchos Pontífices y teólogos y literatos insignes. He aquí el último trazado por el Papa Pío X en su carta al Rmo. P. General y demás religiosos de la Orden Carmelitana, con motivo del Centenario Teresiano:

“Generosa y pródiga fué con Santa Teresa la naturaleza, disponiéndola maravillosamente para el celestial magisterio de la santa doctrina que había de enseñar, pues fué dotada

de singular penetración,
de grandeza de ánimo,
de bondad de corazón,
de energía de carácter,
de admirable sentido práctico
en el manejo de los negocios,
de una índole apacible y

de muy discretas y gentiles formas,
con las que lograba conquistar todas las voluntades de una manera irresistible. Pero mucho más admirables eran todavía los dones sobrenaturales que adornaban su alma; pues con ser tantos los preclaros varones que honraron el siglo y la nación de Teresa con el esplendor de su santidad y de su doctrina, por lo cual, no sin razón, fueron llamados Edad de oro aquellos gloriosos tiempos de la católica España, ella sola, Santa Teresa, reunió en sí las grandes virtudes y ricos carismas de todos aquellos varones insignes, cuya dirección y amistad cultivó con tanto cuidado.”

Otro retrato.

He aquí otro retrato que en verso hizo el poeta eximio José María Gabriel y Galán:

“¿QUIEN ES ESA?

¿La conoces, musa mía?
Es modelo soberano
Bosquejado por la mano
De la Gran Sabiduría:
La discreta, la prudente,
La letrada, la piadosa,
La noble, la generosa,
La sencilla, la indulgente,
La suave, la severa,
La fuerte, la bienhechora,
La sabia, la previsora,
La grande, la justiciera,
La que crea y fortalece,
La que ordena y pacifica,
La que ablanda y dulcifica...,
¡La que todo lo engrandece!
La que es esclava y señora,
La que gobierna y vigila,
La que labra y la que hila,
La que vela y la que ora...”

¡Quién la hubiera visto!

Al fijarse en los retratos que preceden, luego le vienen a uno deseos y ansias de ver y contemplar el original, como sucedió a Felipe II cuando oyó hablar de las empresas y carácter de Santa Teresa, que al punto exclamó: “¿Y dónde está esa mujer? Deseo verla.”

Bendito sea Dios, que, gracias a un canónigo de Avila del tiempo de Santa Teresa, que la vió y trató y confesó, y luego fué Obispo de Segovia, podemos con lo que él dijo *bajo juramento*, en las informaciones de esta ciudad, templar esta nuestra pena de ahora por no haberla visto ni tratado entonces. Dice, pues, el mencionado señor obispo D. Pedro de Castro: “Item digo: Para los que no conocieron ni trataron a esta Santa, y que tan solamente han leído sus libros, les quiero advertir de camino de una cosa, y es que los que los han leído o leyeren pueden hacer cuenta que oyen a esta santa Madre, porque no he visto dos imágenes o dos retratos tan parecidos entre sí, por mucho que lo sean, como son los

libros y escritos y el lenguaje y trato ordinario de la santa Madre.

"Aquel enmendarse en algunas ocasiones, y decir que no sabe si lo dice como lo ha de decir, y otras cosas a este tono, son todas tuyas. Y si yo no la hubiera tratado y comunicado en vida, dudo si acabara de creer que aquel modo de decir de los libros, tan alto y tan extraordinario, podía ser o era de mujer. Y por eso me ha parecido certificar a los que la leyeren y no trataron a esta Santa en vida, que pueden hacer cuenta (y será cierta) que la oyeron hablar; porque, como he dicho, no he visto cosa más parecida."

SEGUNDA EDICIÓN

A fuer de hijos verdaderos de Santa Teresa, debemos, ante todo, dar gracias a Dios, porque *en quince días* mal contados se ha agotado la primera edición de los primeros opúsculos de la Biblioteca Popular Carmelitano-Teresiana, que salieron a luz el Domingo de Ramos (fecha del nacimiento y centenario de Santa Teresa), y el

Domingo *in Albis* no había ya con qué responder a los nuevos pedidos, a pesar de constar dicha edición de bastantes miles de ejemplares. ; Dios sea bendito!

Y Dios se lo pague a los devotos de la Santa, que tanta prisa se han dado a leer los pensamientos grandes y fecundos que de la inmortal e inspirada escritora dichos *librinos chiquininos* contienen.

Dios se lo pague, por fin, a los que en cartas particulares (porque no ha habido tiempo para más) nos han animado a continuar la Biblioteca con frases de verdadero interés, entusiasmo y cariño, sobresaliendo entre ellas las de los PP. Carmelitas de Burgos, Medina y Valencia. Pero no dejaré de consignar la de mi venerado amigo y maestro el competentísimo Sardá y Salvany, que me dice en la suya: "Esto es lo que hacía falta; pues son muchos los que hablan de Santa Teresa sin conocerla."

FR. G. DE J.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
A LA VIRGEN DEL CARMEN.....	3
PRÓLOGO a la Serie A.....	5
Patria y padres de Santa Teresa....	8
Hermanos de la Santa.....	9
Leyendo vidas de Santos.....	11
De mártires a ermitaños.....	13
El rezo del Rosario.....	14
Premio al rezo del Rosario y al amor para con la Virgen.....	14
Otros hermanos de la Santa.....	15
Madre por madre.....	16
Ciertas lecturas vanas resfrían su piedad.....	17
Peligro de las malas compañías....	21
Consejo a los padres.....	23
Jamás pecó mortalmente la Santa..	25
La educanda o colegiala.....	29
Tenía dón de gentes.....	31
Vuelve a los deseos santos de cuan- do niña.....	32
Lo mucho que pueden las conversa- ciones espirituales.....	33
Medios por donde el Señor la iba disponiendo para ser religiosa...	35

	<u>Págs.</u>
Tres meses de lucha y batalla.....	37
Recibe el hábito de la Virgen del Carmen en la Encarnación de Avila.	40
Grande gozo y contento que sintió en sí al verse en el convento con el hábito de la Virgen.....	42
Sus defectos y virtudes grandes en el noviciado.....	44
La oyó Dios.....	46
El médico de Santa Teresa.....	47
Llegado el tiempo, hizo su profesión.	48
Favores y grandes mercedes que el Señor hizo a Santa Teresa.....	49
Fundadora de monjas y frailes.....	54
Disculpa y defiende la Santa a sus hijos ante el P. General.....	60
Y los recomienda a Felipe II.....	61

APÉNDICE

RETRATOS DE SANTA TERESA

Retrato físico.....	72
Retrato moral.....	73
Otro retrato.....	75
¡Quién la hubiera visto!.....	76
Segunda edición.....	77



Ben,

PUNTOS DE VENTA

Madrid: Librería de D. Gregorio del Amo, Paz, 6, y Administración de *La Semana Católica*, Fernanflor, 4.- En Burgos: Administración de *El Monte Carmelo*, Convento de RR. PP. Carmelitas.

No se servirá pedido alguno, fuera de dichas localidades, de menos de una docena de ejemplares, entendiéndose que han de ser de la misma serie.

En los mismos puntos se halla de venta la obra del mismo autor *Ejercicios espirituales de San Ignacio y Santa Teresa*. Un tomo en 8.º mayor, tela, 3,50 pesetas.

PRECIO

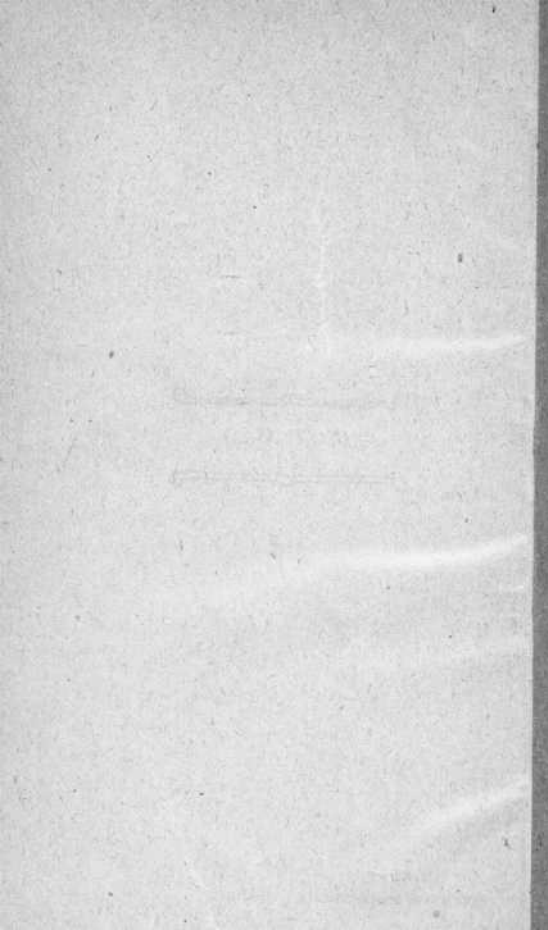
	<u>Céntimos.</u>
Número suelto.....	20
Por docenas, de la misma serie.	15
Por cientos, ídem íd.....	10



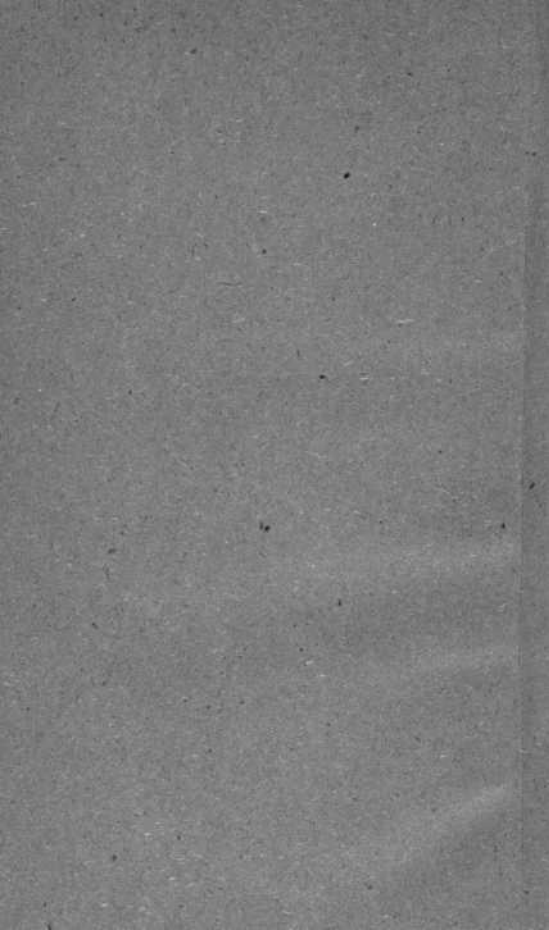
L. D. V. M.











~~11-3-2089~~

1676

12

4

A

